

D I S C U R S O

Pronunciado por el Sr. Presidente de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales, en el acto de su inauguración y apertura.

Excmo. Sr. y Sres.

Llegó por fin el momento, que tanto ansiaba mi corazón, y por el que he anhelado tan largo tiempo. Llegó por fin, Sres., y la Real Academia de Ciencias médicas, físicas y naturales, que por dos veces tuve la idea de fundar en esta ciudad, se inaugura hoy bajo la protección soberana, siempre pródiga cuando se dispensa en beneficio de los habitantes de esta Antilla; y bajo los auxilios también de vosotros, queridos compañeros, que conociendo el bien y la utilidad que ha de reportar la Isla de esta asociación científica, os habéis unido á mí con decisión y entusiasmo para cultivar un campo que, virgen hasta el presente, ofrecerá óptimos y abundantes frutos con que satisfacer las necesidades de la humanidad doliente, y enriquecer la ciencia, á que nos hemos dedicado con amor santo. Este momento, que inaugura también una nueva era para la Medicina en esta Isla, me es tanto más grato y satisfactorio, cuando más dudoso me pareció alcanzarlo; así por no haber podido llevar á cabo la instalación de esta Academia, cuando por primera vez la intenté en unión del Dr. D. Francisco Alonso y Fernández, como por haber pasado más de tres años sin que se resolviese la nueva instancia, que en consorcio de mi amigo y compañero el Dr. D. Ramón Zambrana elevé al Trono, no obstante los buenos informes con que este Supremo Gobierno se sirvió apoyar la solicitud. En medio del contento y del entusiasmo que este acto me inspira, y al ver ya realizados mis más ardientes deseos, bien pudiera exclamar con el anciano del Templo de Jerusalem teniendo en sus brazos al Mesías, por quién tanto había suspirado: Señor, despide ahora á tu siervo. Sí Sres, porque he temido morir antes de haber

podido legar á mi patria una institución útil, provechosa, necesaria, y ofrecer á la ciencia que abracé con fe, y he ejercido con amor y entusiasmo, este homenaje de gratitud y de reconocimiento.

Sensible era á la verdad que en una ciudad rica é ilustrada como la Habana, que figura hoy entre las primeras de los pueblos cultos, y en la que el estudio de las ciencias así físicas como morales ha hecho grandes y rápidos progresos, se haya mirado con tanto abandono la formación de sociedades científicas y literarias. Sensible, es, repito, que siendo el espíritu de asociación uno de los caracteres de la época, y en medio de la franqueza que distingue a los habitantes de esta Isla, y al paso que acuden en tropel con sus fortunas el más ligero llamamiento de una empresa cualquiera, reinara tanto egoísmo respecto de las ciencias y de la literatura, sin que se hayan creado asociaciones dedicadas á su progreso y engrandecimiento.

Esto es tanto más de lamentar cuanto ésta patente que las sociedades sabias son útiles al adelantamiento de las ciencias: que lo son igualmente á los miembros que las constituyen, por las comunicaciones que entre ellos se establecen y la emulación que despiertan; y que lo son á los pueblos donde nacen y se multiplican, porque les hacen conocer mejor y más pronto las aplicaciones que de las ciencias se hacen á las artes, y el impulso que dan á las operaciones industriales, y que lo son en fin, porque difundiendo las luces son al mismo tiempo otros tantos arsenales donde se forjan armas para combatir y acabar con las preocupaciones.

En verdad que no habiéndose cultivado en esta ciudad hasta hace poco tiempo las ciencias físicas y naturales sino por un corto número de individuos, no era este bastante para constituirse en sociedades, emprender serios trabajos, grandes investigaciones, que necesitan la cooperación de muchos; pero la Medicina, que de muchos años acá cuenta con gran número de profesores, siendo los más de reputación, bastante instruidos y de larga práctica, bien merecía un instituto consagrado á su engrandecimiento, y que sirviese de palenque donde se discutiesen cuestiones interesantes á la humanidad, promovidas por las observaciones y experiencias de cada uno de sus miembros y donde todos reunidos y animados de un santo celo por el auge de su profesión luchasen decididamente contra los obstáculos que constantemente se han presentado á la más humanitaria de todas las ciencias.

Una ciencia, que como las demás naturales, descansa en la observación de los hechos y en la experiencia razonada, que está

basada en la aplicación general de los conocimientos físicos al estudio de las enfermedades y á la investigación de los medios de precaverlas y curarlas, que se vé obligada á echar mano de las ciencias auxiliares, preguntando á cada rato á la Química, auxiliándole con las leyes de la Física, y aprovechando los nuevos descubrimientos que enriquecen la clase inmensa de los seres organizados, la Medicina tiene absoluta necesidad de estas asociaciones; porque tan grande reunión de conocimientos, tanto trabajo, tan prolongados estudios y vigiliass, no son posibles en un hombre sólo, mucho menos cuando es la vida demasiado breve, como la ha dicho el Oráculo de Cos.

Además, los conocimientos que ahora como en todos tiempos hemos podido alcanzar de los adelantos que hacen la ciencias médicas, nos son importados; y no es razonable que los adoptemos sin maduro examen y sin someterlos antes al crisol de la experiencia. para acomodarlos al clima que habitamos, á nuestro temperamento, á nuestras costumbres, circunstancias todas sin duda muy diferentes de aquellas en que se hicieron los descubrimientos, se discutieron y observaron. Y como todas las doctrinas y teorías son susceptibles de mejora y perfección, no debemos mantenernos obstinadamente con las que se nos transmiten, ni hemos de considerarlos inferiores en capacidad, ni creer en ellas tan solo porque otros las creyeron. Esta culpable apatía, en la que hemos vivido hasta aquí, es sumamente vituperable por sus funestas trascendencias, principalmente en la práctica; como quiera que en el buen ó mal éxito de un tratamiento puede influir muy mucho la sustitución de un medicamento por otro, ó la alteración de las dosis en que nos vienen recomendados para acomodarlos á las circunstancias de clima y de localidad.

Sin duda que cada médico en particular podrá observar y ensayar cuantos medios estén á su alcance y comprobar con su experiencia esta ó aquella teoría, este ó aquel medicamento; así lo exige su honor, así se lo manda su conciencia; ¿pero quién podrá poner en duda el grado de confianza que han de inspirar todas estas observaciones, todos estos hechos, después de llevados al seno de una asociación, han sido examinados, comprobados entre sí, y sometidos al crisol de un debate racional, imparcial y científico? ¿Quién no sabe que el genio es un don, no concedido á todos los que se dedican á una ciencia, á un arte ó á una profesión, y que no basta la más robusta voluntad, ni la más sostenida aplicación, ni el más constante estudio para suplirlo? Nó á todos es dado observar bien,

ni todos tienen aptitud bastantes para hacer deducciones exactas de lo que estudian y examinan; pero estos datos defectuosos, inútiles por lo mismo para los que los recogen estériles para la Ciencia, y nada provechosos para la humanidad, dan fecundo resultado, cuando sometidos al estudio y examen de diferentes capacidades, descubren unos lo que ha pasado desapercibido para otros, rectifican aquellos lo que negaron ó aseguraron estos, y muchas veces lo que parecía de poca ó de ninguna trascendencia viene á ser el fundamento de una nueva doctrina, ó á servir de brújula para encontrar una verdad que en vano se había buscado, ó para descubrir acaso otra que ni aun se había sospechado.

Por otra parte, el aislamiento de los médicos, sin ocasión ni motivo de verse y de conferenciar sino en las consultas, donde son las más veces acaso más perjudiciales que útiles las discusiones, quita la necesidad de estar sin cesar al corriente de los progresos ó por lo menos de los movimientos de la Ciencia; y haciéndoles caer en una funesta apatía, les engendra al fin involuntariamente el degradante servilismo á una imperturbable y ciega rutina.

Fatal y triste consecuencia por ciento para el progreso de las ciencias, porque siendo imagen del movimiento, será acabar con ellas, si se las quiere hacer estacionarias. Si el aislamiento y reunidos los médicos en sociedades, exigen estas los trabajos del gabinete y emplear demás en la observación un examen más escrupuloso y concienzudo, á fin de ofrecer á sus compañeros buenos y razonados frutos, hijos de su experiencia y de sus meditaciones.

Una asociación médica era de suma necesidad en esta Isla, para emprender útiles y preciosos trabajos, que requieren la reunión de muchas capacidades, largo tiempo y serias lucubraciones; aún no conocemos la topografía médica de este suelo, ni se han estudiado concienzudamente y en gran escala las enfermedades endémicas, que no son pocas, ni las que pertenecen á cada estación, ni las propias y exclusivas de cada localidad, la Botánica, la Zoología y Mineralogía, ramos accesorios, pero no por eso menos provechosos al médico, si no necesarios, se encuentran enteramente descuidados; siendo tanto más de lamentar esta ignorancia en vista de lo que su estudio promete.

La necesidad é importancia de los conocimientos topográficos, reconocidas desde el padre de la medicina y reconocidas también por muchos médicos que en excelentes monografías han consignado

los resultados de sus observaciones y estudios acerca de ellas, lo ha sido igualmente por muchas asociaciones médicas, que los tomaron para programas de sus concursos.

Nadie pone hoy en duda la íntima relación en que están los conocimientos geográficos con los de la Medicina; nadie que no conozca que la práctica de esta ciencia es esencialmente local, y por tanto, la necesidad en que se está de conocer primero las influencias locales, bajo las cuales se desarrollan y modifican las enfermedades, antes de entrar en el estudio y tratamiento de ellas. En efecto, las enfermedades aún las más generales y comunes en todo el globo, se revisten de caracteres especiales, que les suministran las circunstancias de localidad, y necesitan por lo mismo un tratamiento subordinado á estas poderosas modificaciones.

Muchas son sin duda las afecciones que se desenvuelven bajo la influencia de causas locales, así del suelo como de la atmósfera, y del mismo modo que cada país y cada lugar tiene sus animales propios y su vegetación especial, cada uno de ellos tiene también sus enfermedades, que no son á veces transportables; y si lo son algunas ocasiones degeneran al aclimatarse en el nuevo país, como sucede con los animales y las plantas, si se llevan de una región á otra diferente, ó en una misma localidad, si se les hace abandonar la altura de los montes, para sujetarlos á vivir en la llanura de los valles.

Aun no tenemos ningún trabajo completo sobre las enfermedades endémicas que nos afligen, y que no solo contribuyen á la despoblación como las esporádicas y epidémicas, sino que minando la constitución causan el deterioro de las nuevas generaciones. Estudiadas por cada médico en particular, y tratadas según las creencias de cada uno, es hasta aquí un método curativo variado y las más veces expuesto. Reconociendo esta Academia la importancia del estudio de ellas, cuidará de llenar tan gran vacío, haciéndolo el objeto de sus preferentes ocupaciones.

Lo será igualmente el estudio de nuestras plantas, indígenas, con su aplicación á la Terapéutica y á la Materia médica. Ocultas unas en las espesura de los bosques, y fuera otras del alcance humano por encontrarse situadas en lo más elevado de los montes ó, á guisa de anacoretas, en sus hendiduras y cavernas, no han salido á lucir aun las bellezas de sus flores, sino en muy pocos

jardines, donde sus variados matices las hacen más encantadoras, por lo mismo que no han intervenido en ellas la mano del jardinero.

Estas preciosas muestras, de un conjunto variado á la par de abundante y que tantos aficionados han conquistado, van á servir á esta Academia, llevada del amor y del deseo de hacer bien, para entregarse á su estudio sin demora alguna, hasta presentar una Flora médica en la que figurarán sin duda muchas plantas sucedáneas de las exóticas, y acaso algunas de propiedades más análogas á nuestra constitución y organismo. Mucho se han exagerado en verdad las virtudes medicinales de las plantas, no solo por el vulgo, sino también por muchas personas sensatas; pero es indudable, sin embargo, que con algunas excepciones, prestan casi todas importantes servicios á la Medicina. Por lo que hace á las de esta Isla ¿si tenemos enfermedades especiales de ella, por qué no hemos de encontrar en su reino vegetal las que sirvan combatirlas? Ello es cierto que en cambio de las frutas carnosas y plantas aromáticas de los climas frios, la zona tórrida las ofrece acuosas y subácidas las primeras, sacarinas y mucilaginosas las segundas.

Pero no será solamente el progreso de la Ciencia médica, con la conquista de nuevas verdades, con la comprobación de hechos conocidos, el objeto de esta Academia: otra misión le está cometida, noble y grandiosa sin duda, como lo es el fin á que tiene que dedicarse para conseguirlo; hablo, señores, de los esfuerzos que son necesarios para dar á la profesión la dignidad, el decoro que le competen, y colocarla de nuevo en el lugar que se merece en la estima y consideración de todos los hombres.

Confundida la medicina con las artes industriales y mecánicas que solo se mueven por el interés, y que se valúan por el provecho que de ellas saca el que las ejerce, ha sido mirada desgraciadamente por muchos como socorrida carrera de metal con facilidad, con prontitud y con poco trabajo. Estos indignos sacerdotes de un ministerio tan santo, hombres sin corazón, sin otras aspiraciones que las del oro, y sin moralidad, al paso que han profanado el santuario de la ciencia, le han atraído también el desprecio con que en todas épocas se la ha tratado, y las mordaces sátiras con que no pocos han procurado ridiculizarla.

Nada más injusto en verdad respecto de la ciencia que estas inectivas, en las que se han complacido muchos escritores así nacionales, como extranjeros; porque del mismo modo que nada

absolutamente pierde las verdades de nuestra religión por la ignorancia de algunos de sus ministros, ni nada menoscaba su sublime santidad el extravío de otros; así también, el charlatanismo, la pedantería, la necia vanidad y la sed de oro de muchos médicos, en nada deben rebajar la alta dignidad y la incomparable nobleza de la Ciencia médica.

Pero la injusticia subsiste ahora, como ha existido desde hace mucho tiempo; y como el error y las preocupaciones, al paso que avanzan y se perpetúan, echan nuevas y más profundas raíces, ardua es sin duda la empresa que vamos á acometer, pero no imposible de alcanzar. Aparte del impulso que demos á la ciencia, el ejemplo de nuestro comportamiento en el ejercicio de la profesión honrada y decorosa, debe necesariamente proporcionarnos el triunfo. Apóstoles de la Ciencia en esta Isla, como lo fueron los doce elegidos por el Salvador del Mundo, para predicar su doctrina, nos aplicaremos la misma metáfora de que se valió el Divino Maestro, cuando les recomendaba la práctica de las virtudes, en armonía con la predicación: Seremos la sal de la tierra, y cuidaremos no evaporarnos, para tener con que salar.

Cuando el público sea testigo de nuestros afanes y desvelos en bien de la Ciencia y de la humanidad, cuando nos observe entregados al estudio y a la meditación, sacrificándoles los muy cortos instantes de descanso que permite el ejercicio penoso de la profesión, cuando nos vea en fin que no empleamos el tiempo exclusivamente en saciar la ardiente sed de honorario, mirará al médico como uno de los más sublimes presentes que ha podido Dios hacer al mundo; y a la profesión, como una de las más nobles, más útiles y más acreedoras a su respecto y consideración.

Otra misión debida á la solicitud de nuestra Soberana, está también encargada á esta Academia: me refiero, Sres., á la obligación que le imponen el artículo 2o. de sus Estatutos. No podía ocultarse á su alta penetración que el arte de gobernar a los hombres está ligado íntimamente al de curar sus dolencias; y por tanto, que entre la Medicina y la ciencia que trata de nuestras relaciones sociales y de los intereses más importantes y preciosos del hombre, existe la más estrecha é imprescindible alianza.

Si la política considera al hombre en sociedad bajo sus relaciones físicas y morales, la Medicina, que enseña á conocer las primeras y la influencia que estas tienen sobre las segundas, no puede

dejar de ser, bajo este concepto, no ya el medio sino el complemento de aquella. Así es en efecto, y así se entendió desde que se formularon leyes para regir las sociedades humanas.

En los libros santos, en los códigos egipcios, en las leyes romanas que los decenviros bebieron en Atenas, en las añadidas después por los emperadores Vespasiano, Tito, Marco Aurelio y otros, vemos sin cesar asociada la Medicina y el sacerdocio al supremo poder, ó invocada á cada paso la respetable autoridad de Hipócrates ó la de Aristóteles.

Así, pues, ha previsto la bondad Soberana que en sus importantes y trascendentales actos de administración política y judicial, dirigidos al engrandecimiento de nuestro bien estar físico y moral, hermanando la felicidad pública con la individual, encontrará en la Academia, así en consultas sobre higiene pública, Economía Política y Medicina legal, como sobre actos de beneficencia ó en calamidades sociales, una fuente fecunda de donde emanen buenos y saludables consejos; tanto para sostener lo que hemos ganado en prosperidad hasta el presente, como para hacernos marchar con paso firme y seguro por la hermosa senda del progreso.

La Academia que hoy inauguramos, Sres., es un monumento que levanta la mano benéfica de nuestra Soberana, como complemento del bien que proporcionará á la juventud de esta Isla al realizar la reforma de nuestra antigua Universidad. No satisfecha con haberle evitado, mejorando y ampliando en los estudios médicos, la precisa necesidad en que se encontraba de buscar la ilustración, como otro Pitágoras, peregrinando en tierras lejanas, quiere también que las ciencias médicas se fijen y alimenten en el país á favor de esta asociación; y que sus miembros, fieles depositarios de ellas, trabajen y se ocupen sin cesar en derramar sobre él sus luces y sus tesoros. Grande es sin duda la deuda que hoy contraemos por tan señalado beneficio: ella despertará en nuestros corazones puros sentimientos de amor y de gratitud á la buena madre que los dispensa; redoblará también nuestro celo y nuestros esfuerzos para corresponder dignamente á la noble é importante obligación que nos impone.

Poner los cimientos de este monumento, de gloria para la ciencia, de utilidad para el país, es el objeto de la presente solemnidad. Tócame la buena suerte de colocar la primera piedra; piedra que he venido labrando por largos años, á impulso de mi amor por el bien

de la Ciencia y de mis semejantes. Pero nunca prendió en mí la idea de ocupar en ella lugar tan distinguido. No eran posibles estas aspiraciones el año de 1826, cuando me propuse formarla la vez primera; porque entonces era joven aún, empezaba á ejercer la profesión, y carecía de conocimientos, de experiencia y de opinión pública. No las tuve tampoco hace cuatro años cuando por segunda vez volvía á promoverla; porque á mi edad, con poca salud, y en momentos de estarme separando del ejercicio penoso de la profesión, aunque me sobra entusiasmo y también corazón para alojar en él la humanidad toda, faltame el vigor y la actividad de los mejores años para ponerme al frente de una asociación, que por ser nueva en el país ha de presentar grandes obstáculos, penosos trabajos y dificultades sin término, para hacerla marchar triunfante hacia el objeto de su creación. Mi afición al estudio de una ciencia que abracé por inclinación, y que he ejercido con amor y entusiasmo, mis deseos de verla ocupar el rango distinguido que tiene sobre las otras, así por su objeto, como por su utilidad; finalmente, mi más ardiente anhelo de que sea juzgada la profesión en Cuba como ella se merece, tales fueron siempre mis únicas aspiraciones; y me consideraba suficientemente recompensado con haberme concedido el cielo la gloria de ver colmadas mis esperanzas con la instalación de la Academia.

No obstante, amados compañeros, habéis querido favorecerme poniéndome al frente de ella, y que por el carácter de Presidente saboree más á mi placer mi gozo y mi contento, tocándome además inaugurarla. Escasas son sin duda mis fuerzas, vuelvo á repetirlo, y no poco limitadas también las de mi inteligencia; pero como me inspiran entusiasmo y amor á la profesión y á mis semejantes, tengo en ellos bastante fé, esperanza, también bastantes, para creer que auxiliado de vosotros, llegue un día en el que la Real Academia de Ciencias médicas, físicas y naturales de la Habana no sea la menor entre las otras que figuran con crédito y orgullo en ambos mundos. Con tan lisonjera esperanza, os repetiré las mismas palabras con que el inmortal Jovellanos apostrofaba á los príncipes en el elogio del piadoso y buen Rey D. Carlos III: La posteridad os mira desde lejos, observa vuestra conducta, escribe en sus memoriales vuestras acciones, y reserva vuestros nombres para la alabanza, el olvido, ó la execración de los siglos venideros.

Nicolás J. Gutierrez.

Habana y Mayo 19 de 1861.
Academia de Ciencias. Tomo 1 p. 7-16.